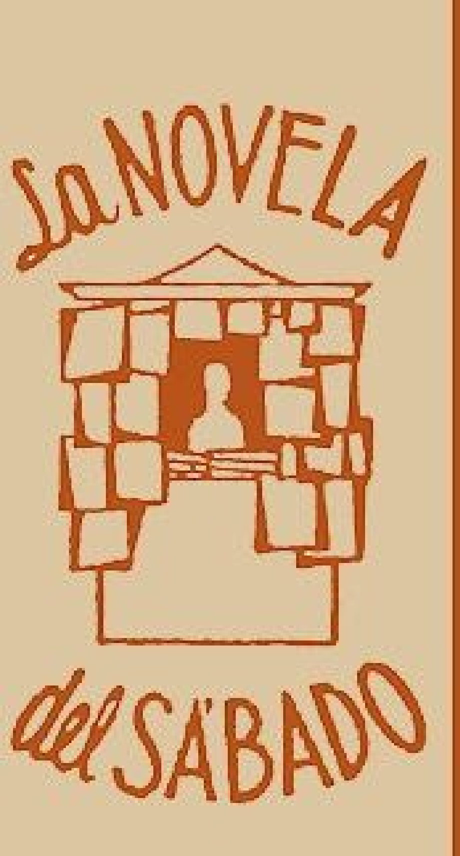


Los 38 asesinatos y medio del castillo de Hull

NÚMERO HOMENAJE A

E. JARDIEL PONCELA

N.º 4

De los numerosos textos apócrifos protagonizados por Sherlock Holmes, ninguno se equipara en imaginación y humor delirante a los escritos por Enrique Jardiel Poncela.

Entre ellos sobresale *Los 38 asesinatos y medio del Castillo de Hull*, donde el detective inglés, que todos creen muerto en las cataratas del Niágara, convence al propio Jardiel para sustituir al Doctor Watson.

Holmes, con su característico poder deductivo, emprende la resolución de una serie de misteriosos asesinatos perpetrados en un castillo de Escocia, que ponen a prueba sus métodos de análisis.

El final de esta parodia policíaca es aún más sorprendente que el de los relatos firmados por el verdadero padre literario de Holmes, Arthur Conan Doyle.

Enrique Jardiel Poncela

Los 38 asesinatos y medio del castillo de Hull

La novela del sábado - 4

ePub r1.0
Titivillus 08.06.2020

Título original: *Los 38 asesinatos y medio del castillo de Hull*
Enrique Jardiel Poncela, 1936
Retoque de cubierta: Titivillus

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

"LA SUD AMERICA"

Compañía de Seguros sobre la Vida
Fundada en 1895

Inscrita en el Brasil con el nombre de

"SUL AMERICA"

Establecida en España desde 1922

Dirección General para España

MADRID

Plaza de Cánovas, número 4

(Inmueble propiedad de la Compañía)

Teléfonos:
39 02 01, 39 02 02, 39 02 03, 39 02 04, 39 02 05,
39 44 00, 39 44 08, 39 44 09
Apartado: 871

Subdirección en BARCELONA

Ronda de San Pedro, 3

(Inmueble propiedad de la Compañía)
Teléfonos: 21 31 18 y 21 31 19

AGENCIAS

MADRID: Plaza de Cánovas, 4. Teléfonos: 39 02 01, 02, 03, 04, 05, 39 44 00, 08, 09.
BARCELONA: Ronda de San Pedro, 3. Teléfonos: 21 31 18 y 21 31 19.
VALENCIA: Plaza del Caudillo, 8. Teléfono 12164.
SEVILLA: Plaza de Calvo Sotelo, 6. (Edificio propio.) Teléfono 21744.
ZARAGOZA: Don Jaime I, 43. Teléf. 30554.
SAN SEBASTIAN: Oquendo, 12. Teléf. 10009.
VALLADOLID: Menéndez Pelayo, 4. Teléfono 20 05.
BILBAO: Elcano, 14. Teléfono 16954.
LEON: Ordoño II, 8. Teléfono 22 27.
VIGO: Policarpo Sanz, 22. Teléfono 31 19.
OVIEDO: Uría, 70. Teléfono 47 39.
GRANADA: Ganivet, 27.

Representantes en todas las provincias de España

Delegado y Director general para España:
Don Gaspar Escuder Berga



EXCURSION AL CABO NORTE

EN TREN-AUTOCAR Y BARCO

Salida de Madrid, los miércoles y viernes (17 junio al 31 julio 1953)

Viaje de 25 días de duración

ORGANIZADO POR

WAGONS-LITS // COOK

AGENCIA MUNDIAL DE VIAJES

VISITANDO:

París.
Bruselas.
Bad Boekelo.
Hamburgo.
Stockholmo.
Lulea.
Haparando.
Rovaniemi.
Yvalo.
Skaidi.
Alta.
Kvesmenes.
Tromso.
Gratangen.
Riksgransen.
Stockholmo.
París.
Irún y llegada a Madrid.

Informes e inscripciones en Madrid: Alcalá, 23, Calvo Sotelo, 14 y Palace Hotel, o en cualquiera Agencia nuestra en España.

PROXIMOS NUMEROS

Los amores de Antonio y Cristina.—Pío Baroja.

Café de Artistas.—Camilo José Cela.

El noviazgo.—Carmen Laforet.

Tarifa de suscripción a "La novela del Sábado":

A 12 números	....	68 pesetas.
A 25 "	....	138 "
A 52 "	....	282 "

Puede remitirse su importe a LA NOVELA DEL SABADO, Editorial Tecnos., Valverde, 30. Teléfono 22 20 37, y a cualquier sucursal del Banco Español de Crédito con destino a la cuenta de LA NOVELA DEL SABADO, en la Central de Madrid.

ENRIQUE JARDIEL PONCELA

LOS TREINTA Y OCHO ASESINATOS Y MEDIO DEL CASTILLO DE HULL

(NOVISIMAS AVENTURAS DE SHERLOK HOLMES)

Precedido de "Enrique Jardiel Poncela"
por JOSE LOPEZ RUBIO



AÑO 1 NUM. 4

«ENRIQUE JARDIEL PONCELA»

Por JOSÉ LÓPEZ RUBIO

Le conocí en el otoño de 1919 sobre el tejadillo de un patio del viejo Instituto de San Isidro de Madrid, donde por las tardes se daban entonces las clases del preparatorio de la carrera de Derecho. Se había subido para arengar a sus compañeros. Queríamos, apenas comenzado el curso, ir ya a la huelga, porque creíamos que ser estudiante era ir a la huelga. (En los colegios de segunda enseñanza no había de eso, y por los periódicos conocíamos la técnica de faltar a clase, de volcar tranvías y otras tantas cosas). La huelga fracasó por prematura (era apenas noviembre y, por lo tanto, demasiado pronto para adelantar la Navidad), pero aquel conato de inocente rebeldía me puso por primera vez en contacto con uno de los primeros ingenios de mi tiempo. Jardiel habló, y habló con una gracia viva, fresca. Su dicción era mala. (En aquella época aun arrastraba las erres, defecto que consiguió dominar). Su voz siempre fué sorda —«Dos tonos más bajos que el cerdo», solía decirle su padre—. Pero su invención era magnífica. Su novedad, sorprendente. Nos llevó donde quiso. No recuerdo en qué paró aquel conato de huelga, pero tuvo para mi la virtud de descubrirme una personalidad afilada, llena de interés, que hubiese tardado en hallar en la monotonía de las clases. Aquel chico pequeño me había hecho una gran impresión. Antes de buscar su amistad, un compañero vino a procurármela. Se trataba de ir por la tarde a jugar al póquer en casa de Jardiel. «Yo apenas lo conozco», dije. No importaba. Allí esperaba a los que fueran.

Vivía entonces con su padre, ya viudo, y sus hermanos en un entresuelo de la calle de Churruca. Cuando llegué, en el salón de la casa, Jardiel estaba leyendo una obra suya: un monólogo cómico que se titulaba «El precipitado Rojo». (Era la gracia de entonces: un señor apellidado Rojo, que era muy precipitado en todas sus cosas, Jardiel probaba ese tono como los probaba todos, quizá para dejarlos hechos, vencida la tentación, y seguir buscando su vena auténtica). Este monólogo hacía el número 64 de los títulos teatrales de

este muchacho de diecisiete años. La mayoría de estas obras estaban escritas en colaboración con su vecino Serafín Adame Martínez.

Le admiré desde aquel día, y no dejaré nunca de admirarle. Creí en él entonces para siempre. Y fui siendo su amigo para siempre también. («Amigo de todos los momentos y de todas las épocas» tengo el honor de ser llamado en el prólogo de una de sus obras).

Él dejó la carrera en el preparatorio aquel mismo año. Entró de redactor, creo que sin sueldo, en «La Correspondencia de España». Nos vimos menos. Él tenía que hacer y yo había de seguir dos años más en la Universidad. Estrenó en Novedades, con Adame, una zarzuela en un acto. «La banda de Saboya». Ganó un premio con su novela «El plano astral», y mantuvo durante bastantes números una publicación semanal, «La Novela Misteriosa», enteramente escrita e ilustrada por él.

Sin haber perdido el contacto enteramente, tardábamos en encontrarnos. Se publicó entonces la revista «Buen Humor», que dirigió «Sileno». Yo casi publiqué allí mis primeras cosas, y mi joven entusiasmo fué aprovechado para el cargo de secretario de redacción. De esta revista, alternando con los nombres, no ya de los humoristas consagrados —Fernández-Flórez, Gómez de la Serna, Camba—, sino de los de generaciones muy anteriores —Pérez Zúñiga, Carlos Luis de Cuenca, Fiacro Yrayroz, Bonnat—, surgieron unos nuevos nombres: Neville, Mihura, Tono, Calvo Sotelo, Santugini, Lázaro, Antonio Robles, etc. A este grupo del nuevo humor se acercó Jardiel para traerme unos artículos, unas parodias de dramas históricos, unos sucesos reales de la antigüedad, vistos en broma.

Sus novelas le dieron una enorme popularidad. Con ser uno de los autores más aplaudidos de nuestra escena, creo que su público más entusiasta y más leal fué el de sus libros.

Estrenó, después de muchas incertidumbres y de muchas angustias, «Una noche de primavera sin sueño», en el teatro Lara. Fué un gran éxito, y de ahí puede decirse que arranca la labor teatral verdaderamente personal del comediógrafo de humor más importante de nuestro tiempo.

Aquel éxito le situó bastante, pero no le dió dinero todavía. Su segundo estreno. «El cadáver del señor García», fué un revés tremendo. Pero don Tirso, aquella misma noche, rascándose la barba, le pidió comedia para el año siguiente.

El año 1933 estaba yo en Hollywood, contratado por la Fox. Llevaba en América desde 1930. Jardiel había estrenado algo más. Todavía no había dado su golpe definitivo en el teatro y tenía sus alzas y sus bajas económicas.

Se compró el primer coche. Era hombre de pocas necesidades. Su bebida, el café con leche en un café. Muchos al día. Y tabaco negro. Su único vicio, el juego.

Al querer los ejecutivos de la Fox, en Hollywood, descargarme del trabajo que pesaba sobre mí en la producción española, me pidieron el nombre de otro escritor que contratar. Yo di el nombre del que más admiraba, del que mejor podía responder, de aquel cuya capacidad de trabajo podía dar mejor rendimiento y a quien, además, quería entrañablemente. Me dijeron una cifra, que comuniqué a Enrique en un telegrama, con la propuesta de contrato «sin viajes». Él cuenta que con las pocas pesetas que tenía en el bolsillo, me contestó: «Sin viajes, ni hablar».

—¿Usted cree tanto en este señor? —me preguntaron en Hollywood.

—Tanto, que el día en que ustedes necesiten un solo escritor, se quedarán con él y me despedirán a mi.

Este argumento debió parecerles definitivo.

Y una mañana acudí a la estación central de Los Angeles a esperarle. Jardiel ha contado mucho de este viaje a América.

Si nuestra amistad había sido hasta entonces muy íntima, a pesar de algunas épocas de mayor o menor alejamiento, entonces lo fué absolutamente. Vivimos bastantes meses viéndonos todos los días casi a todas horas. Se había negado de un modo rotundo a aprender el inglés y hube de convertirme en su acompañante para todo.

Cumplió sus compromisos. Volvió a España, estrenó algunas comedias, entre ellas «Angelina o el honor de un brigadier», cuya idea me contó al salir de un espectáculo, «The Drunkard», y unos cuantos meses después, casi un año, alguien me dijo en el estudio:

—¿Sabe usted quién llega mañana a New-York?

Yo no tenía la menor idea de que era Enrique el que volvía contratado a Hollywood —esta vez por un año— con la Fox. Volvió con Catalina Bárcena y Gregorio Martínez Sierra, que hacían su tercer viaje a California.

Con ellos constituimos un grupo casi siempre unido. Y, después, se unió Rosita Díaz Jimena. Julio Peña seguía allí desde casi tanto tiempo como yo. Nuestra vida era fácil. Y Julio y yo nos ocupábamos de hacerla más fácil aun a Jardiel, aunque a ratos no conseguíamos mucho. Los primeros días Enrique estaba lleno de alegría y me contó todas las noticias de Madrid y de nuestros amigos. La idea de estar allí un año comenzó a atormentarle. Llegaba a desesperarse. No había intentado aprender el inglés y este aislamiento con el país le hacía sentirse más incómodo. Hasta que le

convencí de que si, por ejemplo, quería irse a los seis meses, nadie le ataría, a pesar del contrato firmado. Esta idea le tranquilizó bastante y anunció su marcha. El saberse libre después de adoptar aquella resolución le devolvió la tranquilidad y la alegría. Fueron sus mejores meses de California y creo que si se volvió entonces fué por sostener el tipo.

Se rodó «Angelina» sobre guión de Jardiel y con su dirección de diálogo. También creo que la filmación de una obra suya con su colaboración directa contribuyó mucho a su alegría de aquella temporada. Pasamos por momentos graves, como los terremotos del 33 y el cierre de los bancos, coincidente con la subida de Roosevelt a la presidencia. El primero no nos afectó mucho, aunque durante doce horas temblaba la tierra cada quince o veinte minutos. Como no pedía conciliar el sueño vino a dormir a mi casa y cada nuevo terremoto era registrado por él de habitación a habitación. El cierre de los bancos le afectó mucho menos. Él no creía en los bancos como no creía en la penicilina ni en muchas otras cosas. Cobraba sus cheques del estudio en mi banco, en billetes grandes para que abultasen menos. Y los guardaba entre el zapato y el calcetín.

Un año después volvimos a encontrarnos, ya en España. Estaba en un buen momento de producción teatral. Estrenó «Las cinco advertencias de Satanás», una de sus mejores comedias. Estuve con él en el ensayo general, como casi siempre después. Yo andaba en cosas de cine y nos vimos poco, aunque a veces pasábamos largos ratos juntos. Ya teníamos cosas que recordar.

Vino el Movimiento. Mucho me sorprendió que Jardiel no fuese una de las primeras víctimas de los trágicos «paseos» de Madrid. Sus opiniones las había gritado en el café de Castilla y eran bien claras. Porque, eso si, tal vez por su ascendencia aragonesa, no he visto hombre más claro.

En los primeros días del Madrid rojo me llamó. Yo no me atrevía a salir, y él salía poco. No nos encontramos, aunque hablamos por teléfono. Yo logré salir antes. Meses después recibí en América carta suya contándome su salida de Madrid y de la zona roja. Me escribió luego desde Buenos Aires varias veces.

Después de la liberación lo encontré de nuevo. Estaba en pleno éxito teatral. Yo pasaba poco tiempo en Madrid, pero le veía con frecuencia, y para mi seguía siendo el mismo de siempre. Noté que con los demás, no. Su carácter se hacía violento y extraño.

Los éxitos se sucedieron. Las invenciones eran felices; los procedimientos, sorprendentes; el ingenio, inagotable. Pocas veces se ha

conocido mayor pirotecnia teatral. Una curiosa vanidad se apoderó de él, que no había sido vanidoso nunca, que se había reído siempre de todo. Ahora dejaba de reírse con demasiada frecuencia. Y odiaba a demasiada gente.

Quiso probar otra fortuna y formó compañía para explotar sus obras en América. Vino a Madrid, de Barcelona, para algunos detalles. Durmió en mi casa y hablamos mucho. Me escuchó, pero apenas me hizo caso. La excursión de América fué adversa para él y le complicó económicamente. Descuidó su producción. Intentó una nueva formación. Hace casi dos años tratamos de ponerlo en cura. Se negó a todo. Quise llevarlo al campo conmigo. Me escribió cartas desoladoras, me conservaba su amistad entre una montaña de enemistades, pero no quiso venir. Nos vimos, y no logré que hiciera nada por sí mismo. Empleó su tiempo en construir la maqueta de un teatro giratorio.

Se le dejaba porque él había empezado a dejarse a sí mismo. Se cerró muchas puertas, pero cerró a muchos la suya propia. Los últimos reportajes que se le hicieron daban horror. Inconscientemente se hablaba ya con él como con un fantasma. ¿Cómo pudo ser en el plazo de cuatro o cinco años esta vertical caída? No es posible explicárselo.

Son meses y meses los que lleva así, peor y peor. El viernes parece que todo es más grave. No lo podré olvidar nunca. Está en un sofá, vestido y calzado, cubierto con unas mantas, tocado con una gorra de verano. Con barbas de varios días. No quiere comer. No quiere acostarse en su cama. No quiere que le reconozcan. No quiere que apaguen las luces. Dice que está curado. No puede hablar. Sólo articula el aliento. No puede moverse. Sólo sugiere los ademanes. Le queda una sonrisa dura y la mueca de un llanto. Ya todo está mezclado. El odio, la piedad, la fe, el temor, la razón y la sinrazón.

Está adormilado. Abre los ojos. Me mira fijamente.

—¿Le reconoces?

Asiente. Le paso la mano por la cara, simulando una palmada cariñosa.

—Sí. Es una buena mano. Una buena mano.

Mi mano está fría del frío de la calle y su cara arde del fuego de la fiebre.

—No la separes. Me alivia.

La frente. Las mejillas. Cambio su calor por mi frío. Así, un rato largo.

Se reanima y discute, suplica, amenaza, increpa, ordena. Quiere ir al Pilar. Ha de ser en tren.

No es hora ya. Procuran convencerle, buenamente, los suyos.

—¡Otra noche! ¡El horror de otra noche!

Propongo, por hablar, cualquier solución. Algún medio más cómodo.

—¡Cómodo! ¡Cómodo! —repite con un desprecio infinito.

La mirada está helada, y el gesto amargo. Me mira como no me ha mirado nunca. Y no me puedo defender de esa mirada porque él no puede defenderse de nada.

—¿Qué sabes tú? ¿Qué sabes tú del dolor? Es una cosa horrible. ¡Horrible! Tú no has sabido nunca lo que es dolor.

Ni fuerzas para sollozar. El dibujo de unas lágrimas secas. Después, no sé si me habla a mi o habla solo, pero en lo que dice hay, a pesar de la afonía, un acento estremecedor.

—¡Y un miedo espantoso!

Los ojos, muy abiertos, no miran a ninguna parte, porque temen ya no ver más o ver demasiado.

Una inyección, entre engaños, para alejarlo de sí mismo, para ponerle en condiciones de remediar sin lucha, sin oposición, lo irremediable. Se le alimenta artificialmente. Se le reconoce, ahora que, en el sopor, se deja reconocer. Y, sobre todo, lo que desde años antes lo iba consumiendo: tenía guardada, debajo de sus mantas, debajo de su ropa, una neumonía. Y no había dicho nada. Una neumonía de seis o siete días. De ahí la fiebre. Ahora que se le podía tratar, ya no había nada que hacer. Nada sirvió de nada.

Los que «fueron por él», los que le persiguieron con el rencor y la venganza escondida, ya tienen lo que querían. Si era eso, ya lo tienen. Pero la obra es otra cosa. Con ésa no pueden fácilmente, y han bastado unas horas para que todos nos demos cuenta de que hay en nuestras manos el legado de una obra extraordinaria, de un maravilloso juego de comedia que va a sobrevivimos a todos. Con el hombre han acabado, a medias, sus enemigos y él mismo. En la historia de nuestro teatro se dirá que hubo un tiempo en que cruzó, de norte a sur, como un rayo, una alegría fulgurante. Ese tiempo fué el nuestro, y ese fenómeno que pasó a nuestro lado el de Enrique Jardiel Poncela y su teatro.

J. L. R.

PRÓLOGO

El encuentro con Holmes

«Happy new year» (el tiempo
es oro), lema de Sherlock Holmes

En la primavera de 1926 había ido a Londres a que me plancharan un sombrero flexible.

El sombrerero me advirtió que tenía que esperar cuatro horas, porque acaba de recibir de la Cámara de los Lores el encargo de reformar veintidós chisteras de seis reflejos, lo que hacía un total de ciento treinta y dos reflejos reformables; y en vista de ello, y como en aquella época no sabía de Londres si no que el Támesis lo atraviesa, decidí darme un paseo por la ciudad. Y para ofrecer la sensación de que también yo era inglés, me compré un monóculo. Traté de colocármelo en la órbita derecha, pero el monóculo se me caía de un modo fulminante; entonces ideé un truco original: me puse el monóculo y lo sujeté al cráneo con una venda. Y ya satisfecho y tropezando de vez en cuando con los transeúntes, tomé la dirección de Hyde Park.

Como en Londres no se mide por kilómetros, sino por yardas, las distancias resultan mucho más cortas. De manera que cubrir el recorrido hasta Hyde Park sólo me costó dos horas de caminata.

Al cabo de las dos horas entré en Hyde Park por el sendero de la derecha, el que desemboca en la glorieta de las begonias. (Véase planos).

Y como estaba fatigadísimo, tanto de andar como de mirar por un solo ojo, porque con el ojo en el que llevaba el monóculo no veía lo más mínimo, busqué un banco para sentarme. Pronto descubrí varios muy confortables. Elegí uno orientado al mediodía y que tenía un único ocupante, abismado en la última edición del *Times*; murmuré un saludo marcadamente anglosajón y me senté.

Pasaron cinco minutos y dos aeroplanos.

Gozaba con la quietud del ambiente cuando el compañero del banco, que leía el *Times*, me hizo esta pregunta de Carnaval:

—Caballero, ¿no me conoce?

Alcé la vista y me afronté con un rostro noble y con dos ojos verdes colocados a los lados de una nariz recta, que comenzaba en un entrecejo fruncido y acaba en dos agujeritos ovalados situados sobre una boca de labios finos, entre los cuales brillaban varios dientes blancos que sujetaban una pipa negra, al extremo de la cual ardía cierta cantidad de tabaco rubio, del que brotaba una humareda azul que se perdía en el espacio gris. Todo esto así, del primer golpe.

A ambos lados del rostro, descrito con tanto colorido, se rizaba suavemente una aleación de cabellos y canas.

Lo miré con fijeza durante unos segundos.

Aquel hombre… Aquel hombre era…

—Usted es Pacheco —le dije—, el estanciero de Entre Ríos, que…

Pero él me interrumpió, negando con la cabeza, para lo cual la agitó de un lado a otro. Volví a tomar la palabra:

—¿No? Entonces… ¡Ah, sí! Es usted Nogales, aquel teniente de navío que cierta noche en Copenhague…

Segunda interrupción con segunda negativa.

—¡Ya caigo! Es usted Peporro Lacovisa, el secretario de…

El desconocido —porque por más que yo me hacía la ilusión de conocerle, era un desconocido— negó nuevamente y aclaró con acento suave:

—Soy Sherlock Holmes. ¿No recuerda?

Y, efectivamente, era Sherlock Holmes. Pero nada de particular tenía que yo no le hubiese reconocido, pues aquel hombre genial se caracterizaba hasta el punto de que cuando se veía obligado a disfrazarse, tenía que echarse al bolsillo un puñado de tarjetas de visita para poder reconocerse a si mismo.

Quedé estupefacto, algo invisible recorrió mis nervios, y sentí el frío de los momentos cumbres de la vida, pues me constaba de sobra que Sherlock Holmes había muerto años antes en las cataratas del Niágara.

Él leyó en mis ojos.

—Fué un falso rumor —me explicó lacónico—. Caí, en efecto, en las cataratas del Niágara pero no me ahogué: no hice más que mojarme.

—¿Y cómo salió usted del agua?

—Chorreando; ya se lo puede usted figurar.

—Pero ¿luego?

—Luego me sequé.

—Excelente idea.

—Y como, a demás, me encontraba ya agotadísimo y había en el mundo varios individuos decididos a impedir que yo siguiera respirando oxígeno, resolví conformarme con parecer muerto, como se me creía, y he vivido varios años retirado en una aldea de Sudamérica. La vida del campo y el acento argentino me han devuelto nuevamente las energías; mis enemigos más rencorosos yacen ya bajo tierra con una lápida en la que se lee la inscripción clásica de «R. I. P. Se venden fosfatos», y, en suma, me encuentro dispuesto otra vez a afrontar los azares de mi gloriosa profesión. Ayer mismo llegué a Londres disfrazado de perro vagabundo.

—¡Disfrazado de perro vagabundo! —no pude por menos de repetir, exhortado por el asombro.

—Sí —replicó él con aquella sencillez que le era propia—. De perro vagabundo.

—¿De forma —indagué— que sus aventuras comienzan de nuevo?

—La vida comienza mañana —contestó Holmes, que en su retiro sudamericano había leído contumazmente a Guido de Verona—. Pero hay algo que me impide ponerme al trabajo sobre la marcha…

—¿Y es?

—La falta de un ayudante. Necesito, imprescindiblemente, un ayudante.

Alzó la ceja derecha, bajó la izquierda, y cuando logró ponerlas de acuerdo me disparó una pregunta calibre 6,35:

—¿Quiere usted ser ese ayudante que yo necesito?

—¿Yo?

Reflexioné por espacio de unos instantes la imprevista proposición. Realmente mi vida no tenía objeto. ¿Por que no intentar la aventura?

—¡Ea, rápido! —le oí apremiar a Sherlock Holmes—. ¡Decídase! Hemos hablado demasiado y ya urge hacer algo serio. Tiene usted tres minutos para resolver.

—Ya he resuelto —contesté con firmeza.

—No importa que haya usted resuelto —replicó el detective—. Yo acostumbro a conceder siempre tres minutos para resolver. Tiene usted pues, tres minutos. Tres únicos minutos. ¡Resuelva! *I love you*![1].

Me quedé mirando al cielo como si reflexionase por no contrariar al gran policía; pero como ya antes había reflexionado lo suficiente y no me gusta gastar mi cerebro en esfuerzos inútiles, invertí aquellos tres minutos concedidos en calcular cuánto tiempo tardaría en llegar de Madrid a Varsovia un hombre que anduviese a gatas, a razón de dos kilómetros por hora,

descansando un día por cada catorce leguas y tres horas cada seiscientas yardas. Cuando iba a saber, exactamente, en qué punto de Europa caía enfermo el individuo del problema, me interrumpió la voz cortante de Holmes, que decía:

—Han pasado los tres minutos. ¿Decide usted ser mi ayudante?

—Pues bien, ¡*yes*! —declaré al detective.

Y él respondió:

—*All right!* (Porque todavía no he dicho que Holmes repetía *all right* una frase sí y otra no).

Después agregó, cogiéndome por la solapa:

—Separémonos. Vivo en 57, Baker Street, como usted sabrá de antiguo. Esté usted allí mañana, a las seis de la tarde. Entre sin llamar, abriendo con la llave, que se halla siempre puesta en la cerradura, con objeto de despistar a los que quieren entrar en mi casa por sorpresa. Mi criada, la señora Hudson, es absolutamente sorda, tan sorda como una tapia de treinta metros, de suerte que no la pregunte usted nada, porque acabarían por hacerse usted y ella un lío tremendo. Pase directamente a mi despacho y aguarde allí. Nada más. Esto es todo. ¡Hasta mañana!

Y Sherlock se levantó en tres veces, pues de una vez no se lo permitía hacer su alta estatura; pasóse una mano por la despejada frente, y con la cabeza inclinada, en aquel gesto suyo tan personal, que le daba un decidido aire de paralítico del lado izquierdo, echó a andar y no tardó en desaparecer al final de la avenida de rododendros. (Véanse planos nuevamente).

Eran las siete y veinticinco, meridiano de Greenwich, más Greenwich que nunca.



I

PLANTEAMIENTO DEL PROBLEMA

Una carta y un poncho

Al día siguiente, muy de mañana, me dirigía a casa de Sherlock Holmes cuando advertí dos cosas singulares: que me había puesto una corbata repugnante y que los transeúntes con que me topaba al paso devoraban ansiosamente los periódicos de la mañana. Mirando con atención y serenidad crítica mi corbata, pensé: «¡Algo gordo sucede! Pues si no ocurriera algo gordo, los transeúntes no devorarían los periódicos de la mañana ansiosamente, si no que se dedicarían a contemplarme la corbata entre carcajadas salvajes». Porque, en efecto, mi corbata era la tira de tela más intolerable que saliera del establecimiento de E. T. Burns (Atkinsons Royal Irish Poplin Made in Dublin-Ireland), fabricante de corbatas. Y, de otra parte, de no suceder algo gordo, ¿por qué iba a haberme escrito Sherlock Holmes? Sherlock me había enviado una carta inesperada e incomprensible.

> *«Querido Harry: Anticipe usted la hora de venir a verme, acudiendo inmediatamente a mi casa. Ha surgido un problema que merece nuestra atención más concentrada. Traiga consigo dos pesas de 70 libras cada una; es imprescindible que haga usted el camino a pie y a una velocidad media de veintiocho toesas por hora. S. H.».*

Mi primera decisión, al recibir aquellas extrañas líneas, fué arrojarme del lecho, pues me sorprendieron en un resuelto decúbito supino; enseguida me agarré a un tratado de medidas internacionales para averiguar el tamaño de la toesa francesa y saber a qué velocidad debía ponerme en marcha hacia el domicilio de Sherlock; luego telefoneé a la Real Sociedad Gimnástica Británica pidiendo las dos pesas de 70 libras y, por último, me afeité

denodadamente y me vestí de un modo vertiginoso, lo que explica el que me pusiese aquella corbata infecta.

Sería ocioso añadir que, cumpliendo fielmente las órdenes de Sherlock Holmes, recorrí las veintiséis toesas que me separaban de la casa del detective, las cuales resultaron ser exactamente veintisiete kilómetros y medio; y como las recorrí a pie y provisto de las dos pesas, aún será más ocioso añadir que llegué jadeando a 57, Baker Street.

Al entrar en el piso del maestro hallé a éste conversando con un caballero de sesenta años, dos meses y un día. Pero yo no estaba para fijarme en detalles: iba tan rendido, que tiré las pesas y me derrumbé en un diván, donde dormí por espacio de seis horas. Ni Sherlock ni su visitante interrumpieron mi sueño, porque, según supe más tarde, las pesas que tiré al entrar fueron a parar a sus respectivas cabezas, lo que provocó en ambos ese divertido estado de inconsciencia, conocido deportivamente por *k. o.* técnico, en el que persistieron durante cinco horas y cincuenta y ocho minutos. Al cabo de este tiempo, Sherlock me despertó, me tanteó el bíceps de los dos brazos y habló así:

—*All right!* Veo Harry que está usted fuerte. Quizá necesitemos pronto del vigor de sus brazos, y si le he hecho venir a pie, de prisa y trayendo una pesa de 70 libras en cada mano, ha sido precisamente para que usted se robusteciera lo más rápidamente posible.

Y agregó a guisa de resumen:

—*To be or not to be!*[2]

A continuación señaló una mesita enana que se hallaba junto al diván, y concluyó:

—Conseguido mi objeto, tómese ese ponche que ha preparado especialmente para usted la señora Hudson, y ayúdeme a escuchar a este caballero.

Y me indicó al señor de los sesenta años, dos meses y un día.

—¿Qué tengo que hacer para ayudarle a usted a escuchar a este caballero, maestro?

—Nada.

—Entonces verá usted qué bien lo hago.

Y para escuchar a aquel caballero me dispuse a no hacer nada. En cambio, para tomarme el ponche tuve que apretarme la nariz con los dedos y echármelo al coleto de un golpe, porque la verdad es que el ponche me da asco desde tres semanas antes de nacer Juan sin Tierra.

Lo que contó el caballero de sesenta años, dos meses y un día:

—Yo, señor Holmes —empezó diciendo aquel individuo—, tengo una granja en el País de Gales y un hijo oficial del Ejército Colonial de la India. A la granja hace siglos que no la ocurre nada; pero a mi hijo le han asesinado misteriosamente la noche pasada en el despacho de lord Carddigan, situado en el primer piso del castillo de Hull, en las Trossachs, en Escocia.

Y agregó, bajando la voz y con acento angustiado:

—Mi pobre hijo es la cuarta persona que muere asesinada en el castillo de Hull en los últimos ocho días…

Los ojos de Sherlock Holmes lanzaron un destello de satisfacción.

[En realidad, y como ya el lector sabe, para aquel gran hombre lo criminal era un acicate; lo misterioso, un revulsivo; lo sangriento, un estímulo; lo canallesco, un excitante, y lo infame, un paraíso artificial. Comúnmente Sherlock era serio, grave, melancólico y, lo diré de una vez: más aburrido que un drama rural. Vivía siempre solo, levantándose de un sillón para tumbarse en otro; chupeteando su pipa de madera de Cardiff, tocando el violín lo suficientemente mal para que, al oírle tocar el violín, nadie creyera que estaba tocando el violín; inyectándose morfina en cantidad bastante para tirar de bruces un caballo, y permaneciendo, a veces, días y días encerrado en casa sin hablar, sin comer y sin dormir, en esa especie de letargo de los caimanes de las Islas Marquesas, cuando se hallan haciendo la digestión de un misionero holandés. Pero así que el misterio o el crimen se le alzaban al paso, agitando ante él sus sangrientos peplos (figura retórica tomada del segundo acto de *Las aves* de Aristófanes), Sherlock se galvanizaba: tiraba el violín, le daba un puntapié al sillón, se comía la pipa, regalaba su *stock* de morfina al London’s Hospital, sala de amputaciones; ponía a la orden del día los *roastbeef* de Palm Market, y las botellas de Burdeos extrafino, y se volvía activo como un agente de Seguros].

Aquella mañana, las primeras palabras de Mr. Molkestone —porque el caballero de los sesenta años, dos meses y un día, tenía el cinismo de llamarse Molkestone— habían vivificado, según costumbre, a Sherlock Holmes, y le ví transfigurarse literalmente cuando le dijo a su visitante:

—Hable usted, caballero. Deme todos los datos posibles de su hijo, de lord Carddigan, del castillo de Hull y de cuanto pueda tener relación con lo sucedido allí en los últimos ocho días. Tampoco estará de más que me informe acerca de qué clase de tipo es usted mismo.

Mister Molkestone se inclinó, dispuesto a la obediencia, se enjugó una lágrima y habló de esta suerte:

—Le considero a usted, señor Holmes, suficientemente impuesto en geografía interior para no explicarle cómo es las Trossachs, en Escocia, donde se halla enclavado el castillo de Hull. Es una región llena de lagos y de barro; cruzada por algunos ríos; provista de arboledas, carreteras, vacas, tiendas de tabaco, tartamudos, glaciares, gallos y repartidores de leche a domicilio, como tantas otras regiones inglesas. Cerca del lago Katrine se alza el castillo de Hull, edificado en 1186 por un sobrino de Enrique II, Plantagenet, y que se sostiene en pie en la actualidad por una verdadera chamba. (Lo que en el país se llama *werk*). Allí vive hoy, desde que se retiró de la política, que le produjo popularidad y náuseas a partes iguales, lord Carddigan, llamado sir Arthur Wooslesley, hombre recto, alto, rubio, que bizquea algo del izquierdo, defecto que sólo se le nota cuando se le mira a los ojos. Lord Carddigan tiene tres hijos: Silvia, Leticia y John. La primera cuenta treinta años menos que su padre, la segunda doble edad que su hermano pequeño, y éste, es decir, John, la cuarta parte de años que Silvia.

—Entonces —dijo Holmes—, lord Carddigan acaba de cumplir los setenta años.

—Justamente; en marzo.

—Y John tiene diez años, Leticia veinte y Silvia cuarenta…

—Eso es —aprobó Molkestone, aterrado de la velocidad mental para el cálculo que denotaba Sherlock Holmes—. ¿Cómo lo ha deducido tan pronto?

—Era fácil. Bastaba multiplicar tres, que son los hijos por el logaritmo de pi, que son 314,16, dividiendo el resultado por el número de años que hace que lady Carddigan murió de parto, sumando la edad de la muerta al total y deducido el tiempo que lord Carddigan se dedicó a la política, he obtenido la edad de John. Para saber la edad de Leticia, he doblado la de su hermano; y para saber la de Silvia, he restado la suma de los años que tienen Leticia y John de la fecha en que se casó lord Carddigan, que, si no recuerdo mal, fué el 13 de julio de 1885. Como ve usted, el cálculo no era demasiado complicado. Tenga usted en cuenta que yo, una vez, por distraerme, calculé la edad de los cien mil hijos de San Luis, y sólo me equivoqué tres meses en el más pequeño…

Y sin darle mayor importancia al asunto, Sherlock instó a seguir a mister Molkestone. Éste prosiguió:

—Lord Carddigan vive con sus hijos en el castillo de Hull, sin otra compañía, comúnmente, que la de la servidumbre: nueve mujeres y dieciséis hombres, en total, entre doncellas, criados, personal de las cocinas, de los

garajes y la jardinería. Hay, además, un administrador: mister Fly; un mayordomo: Evans, y yo…

—¿Y cuál es su cargo en el castillo?

—Yo vivo allí gracias a la bondad de lord Carddigan, porque he resuelto no pagar al casero. Y me dedico a correr y descorrer las cortinas del salón grande.

—Adelante. Siga usted sin nuevas detenciones. *I have not bananas*[3].

—Hace dos semanas, para celebrar la muerte en Londres de su abuela, vieja repugnante que había prometido morirse en 1912 y no lo ha hecho hasta el día 23 del pasado, lord Carddigan organizó un programa de fiestas en el castillo e invitó a ellas a algunas de sus amistades. Aceptando gustosos la idea de pasar unos días en Hull Castle, llegaron de diferentes puntos de Inglaterra hasta quince personas: el doctor Eduardo Brown, su delgada hija Diana y el marido de ésta, Horacio Warren; miss Penkhurst, la famosa conferenciante de temas bíblicos; el arquitecto Penha; su madre, mistress Oldegarda Belfast; la noble dama francesa Lucille Letourneur; su amante, monsieur René, conocido por el «bello marsellés»; el novelista irlandés McGregor y su suegro Richard Bell; cuatro hermanas huérfanas, de Birmingham, Lully, Polly, Dolly y Molly Hearts, y el violinista rumano Patrik Chulesko. Finalmente, y merced a una desdichada generosidad de lord Carddigan, fué invitado también mi hijo Peter, de mi mismo apellido…

—¿Entre los invitados no habían ninguno que se llamase William? —interrumpió Sherlock Holmes, mirando fijamente a Molkestone.

—No. Ninguno —repuso éste con voz temblorosa.

—Es raro… —articuló Sherlock.

Ví palidecer a Molkestone, el cual indagó:

—¿Por qué es raro, señor Holmes? ¿Es que tiene usted alguna pista que…?

—No. Digo que es raro que en un grupo de quince ingleses no haya ninguno que se llame William, porque ya sabe usted que William es un nombre muy frecuente en Inglaterra. Pero siga usted, Molkestone; necesito saberlo todo.

Y mister Molkestone llegó a la parte verdaderamente impresionante de su relato, diciendo:

—Los habitantes del castillo y los recién llegados se llevaban divinamente y vivían en la armonía más perfecta, jugando al tenis, al golf, al bridge y al whist, cazando zorros, consumiendo *whiskies*, comiendo, charlando, diciendo incongruencias astronómicas las noches de luna y haciendo, en fin, todas las

bobadas que suelen hacer al cabo del día los habitantes de los castillos de Escocia. Pero, de pronto, a partir del martes pasado, la tragedia se ha cernido sobre el castillo, y desde entonces… desde entonces cada día muere misteriosamente una persona. Habían fallecido ya mister Fly, el arquitecto Penha y mademoiselle Letourneur, cuando…

—¿Y de qué han muerto? —interrumpió Sherlock Holmes extendiendo bruscamente la mano derecha, gesto con el que me echó en el pantalón los restos del ponche.

—De muy diferentes e incomprensibles maneras, señor Holmes. El arquitecto Penha ha perecido asfixiado y con un manual titulado *La arquitectura al alcance de los arquitectos* en las manos; mademoiselle Letourneur falleció en el instante en que aspiraba el perfume de unas violetas, de un estacazo en la nuca. Y el mayordomo Fly murió de un calambre.

—¿Dónde le dió el calambre?

—En el vestíbulo del castillo. Y ¡anoche!, señor Holmes —y los ojos de Molkestone volvieron a inundarse de lágrimas—, murió también mi pobre hijo, ¡mi Peter!…

—Llore usted, pero no llore más de seis minutos; se lo suplico. *God save the king*[4] —replicó Sherlock Holmes.

Y, pasados los seis minutos, volvió a interrogar:

—¿Ha dicho usted que su hijo falleció en el despacho de lord Carddigan?

—Sí, señor; en el primer piso. Al lado de la caja de caudales, que apareció abierta.

—Pero no faltaría de ella ni un penique…

—Ni uno solo, señor Holmes…

Hubo una pausa. Holmes entornó los párpados y se enzarzó con Molkestone en un vertiginoso interrogatorio.

—¿Sabe usted si su hijo tenía algún enemigo?

—Su sastre le odiaba.

—Deme las señas del sastre.

—Grueso, bajo, de Liverpool.

—¿El cadáver de su hijo ofrecía alguna señal?

—Sí. En el brazo izquierdo: las vacunas.

—¿Le habían prendido alguna vez?

—¿Las vacunas?

—La policía.

Molkestone emitió un juramento muy usual entre los bateleros del Támesis, y barbotó:

—¡Mi hijo era un hombre decente!

Pero Holmes siguió imperturbable:

—¿Estaba casado?

—Era soltero de nacimiento.

—¿Se le conocía alguna amante?

—No se le conocían las cosas así como así.

—¿Tomaba el vermuth seco o con seltz?

—En vaso.

—Es todo lo que necesitaba saber, señor Molkestone.

Y el maestro se levantó, dando por terminada la visita. Puso una mano sobre un hombro de Molkestone, lo que dejó a éste un poco torcido, y le aconsejó:

—Vuélvase al castillo de Hull, señor Molkestone. Mañana, mi ayudante y yo, nos pondremos también en marcha hacia allá. Supongo que los asesinatos continuarán inexorables a diario…

—¿Eh?

—Pero esté tranquilo, porque si tiene usted la suerte de que no le maten antes de llegar nosotros, podremos presenciar su muerte, y esto, quizá nos aclare bastante el misterio.

Molkestone se emocionó visiblemente.

—¡Muchas gracias!, señor Holmes. ¡Muchas gracias!

Y le apretó con fuerza las manos.

—Y ahora, déjenos —dijo el detective.

Pero Molkestone no nos dejaba, y continuaba dándole las gracias a Sherlock, el cual le cogió inesperadamente del cuello de la americana y del fondo del pantalón y, llevándolo en volandas a la escalera, lo tiró por el hueco.

Desde aquel momento dejamos de ver a mister Molkestone.



II

CAEN NUEVAS BRUMAS SOBRE EL PROBLEMA

Camino de Escocia

En el tren, bordeando el Clyde, que corre entre álamos blancos y postes telegráficos, yo contemplaba a Sherlock y Sherlock meditaba en silencio. No habíamos cruzado una palabra desde que desapareciera de nuestra vista el señor Molkestone, y las dos o tres veces que intenté indagar cuáles eran los pensamientos del gran detective, éste me había contestado invariablemente:

—No sea imbécil y déjeme meditar, Harry.

En vista de lo cual, le dejé meditar.

Aquella mañana, a las siete en punto, Sherlock me había despertado; me hizo vestir rápidamente y saltó conmigo a un *taxi* que, después de volcar tres veces, nos dejó rápidamente en la estación de Charing Cross. Luego subimos al tren, y yo contemplando a Sherlock y Sherlock meditando en silencio, llegamos —Sherlock, tren y yo— a las orillas del Clyde.

De súbito, Holmes exclamó:

—¡Hum!

Y yo le dije:

—¿Qué?

A lo que él replicó:

—Nada.

Y ya no volvimos a hablar.

Las maravillas deductivas y reflexivas de Sherlock Holmes

Pero en plena Escocia, en las proximidades de Glasgow, allí donde el paisaje se vuelve ligeramente ceniciento, Sherlock, que había venido todo el viaje echado en el diván y con la cabeza colgando fuera: en la postura usual en él cuando reflexionaba, pues la sangre, afluyéndole al cerebro, robustecía

sus facultades mentales, se enderezó, sentóse normalmente y habló como si lo hiciera consigo mismo, pero en voz alta:

—Cuando lleguemos a Hull Castle, ese señor Molkestone, que no se llama Molkestone, y que es un hombre muy sagaz, vivirá todavía, así como la totalidad de los habitantes del castillo, y dentro de veinticuatro horas habremos triunfado.

—¿Que habremos triunfado, maestro? ¿Que el señor Molkestone es un hombre muy sagaz y no se llama Molkestone? ¿Tendrá usted inconveniente en aclarar sus palabras, Holmes? —me lancé a murmurar.

—Ninguno. Desde que mister Molkestone entró en mi casa, Harry, comprendí que se presentaba a nosotros con un nombre supuesto. ¿No se fijó usted en los gemelos de su camisa? Yo no podía apartar los ojos de ellos. Eran de plata sobredorada y tenían dos iniciales enlazadas, una W y una F. Ninguna de ellas correspondía al apellido Molkestone, pero la F sí correspondía a Folkestone… Esto me hizo pensar que éste era el verdadero apellido de aquel hombre, lo que revelaba una gran sagacidad, pues cambiando solamente la inicial, se cubría la retirada en caso de ser descubierta la superchería, para lo cual bastaría achacarla a una confusión auditiva, explicando que él siempre había dicho Folkestone y que los demás entendíamos Molkestone.

Abrí la boca seis centímetros. Holmes siguió:

—En cuanto al nombre de pila, recuerde usted que lo calló, pero los gemelos me denunciaban que ese nombre empezaba con W. ¿Por qué no había de ser William? Entonces fué cuando para comprobarlo, le pregunté si no había en Hull Castle nadie que se llamase William. Le lancé la pregunta inesperadamente y él acusó el certero golpe, como observara usted, palideciendo y negando con voz temblorosa.

Abrí la boca dos centímetros más. Holmes continuó:

—En ningún momento olvidé cómo había dicho, ligeramente y sin insistir más sobre ello, que su hijo era oficial del Ejército colonial de la India. Ahora bien: ha habido un Folkestone, cajero del tercer banderín de lanceros de Benarés, que a los dos meses de llegar a la India se fugó con la caja y por lo cual fué expulsado del Ejército. En el acto pensé que fuera él, el hijo de Molkestone, es decir, de Folkestone, y para persuadirme pregunté a éste si su hijo tomaba el vermuth seco o con seltz.

—Y él contestó que en vaso para despistar…

—Pero no me despistó, pues si el hijo tomaba todavía vermuth era señal de que había vivido en la India escasísimo tiempo, ya que, según se sabe,

basta un año de estancia allá para aficionarse a beber té de Ceylán. Esto acabó de convencerme del todo de que se trataba del cajero del tercer banderín de lanceros, fugado con la caja del regimiento de Benarés y expulsado del Ejército.

Abrí la boca un centímetro más aún. Holmes concluyó:

—Soltero por tozudez, según declara el propio padre; hombre a quien no se le conocían las cosas así como así; bebedor de vermuth en vaso; odiado por su sastre, lo que prueba que no le pagaba, y cajero fugado. ¿No prueba todo esto que el hijo de Folkestone era capaz de todo? Y Folkestone padre, granjero en el País de Gales y protegido de lord Carddigan hasta el punto de tenerle viviendo gratis en el castillo, es, indudablemente, un hombre honrado. Pues ¿no está claro, entonces, que el hijo asesinó, para robarles, al arquitecto Penha y a mademoiselle Letourneur, que asesinó también al administrador Fly, que probablemente le había descubierto, y que, a su vez, fué muerto por su propio padre cuando se disponía a vaciar la caja de lord Carddigan?

—Entonces, ¿por qué le dijo usted al señor Folkestone, maestro, que esperaba que los asesinatos continuaran a diario?

—Decírselo era esencial para que él no comprendiera que yo tenía ya los hilos de la trama —aclaró Sherlock, sonriendo.

Abrí la boca tres centímetros más todavía.

—En suma, Harry —resumió Holmes—. Éste es asunto resuelto. Inspeccionaremos el castillo. Hallaremos las pruebas de que todo ha sucedido tal como yo lo he supuesto, detendremos a Folkestone para que los Tribunales le absuelvan de su disculpable crimen y nos volveremos a Londres.

El telegrama inesperado

En aquel instante, un empleado entró en nuestro departamento, trayendo un telegrama fechado en el castillo de Hull y firmado por lord Carddigan, cuyo texto, que echaba por tierra todos los razonamientos de Sherlock Holmes, decía al pie de la letra:

> *«Apresúrese. Molkestone ha sido asesinado la noche pasada. Estamos todos hechos polvo.— Carddigan».*

Abrí tanto la boca que se me desarticuló la mandíbula.

Por su parte, Sherlock arrugó el telegrama. Su rostro se ensombreció extraordinariamente.

Después, dominando la terrible impresión que la noticia le producía, sonrió y dijo:

—*All right!* Investigaremos en Hull Castle. Prepare las maletas, Harry, que estamos llegando a Glasgow. ¡Vamos, de prisa! *Home, Sweet home*[5].



III

EL PROBLEMA SE PONE TODAVÍA MAS OSCURO

Encuentro con lord Carddigan

De Glasgow a las orillas del lago Katrine fuimos en un auto. Un «Reynolds» 16 cilindros, cuyo motor sonaba como una melodía de Schubert, propiedad de lord Carddigan. Al volante iba el propio lord, pisando el embrague doble número de veces que las necesarias, como hacen todos los lores en tales casos. Al lado de sir Arthur, Sherlock; y detrás, las maletas y yo. Describiría el paisaje con mucho gusto, pero la verdad es que las maletas no me lo permitieron ver ni un instante.

Lord Carddigan aparecía deprimidísimo y se había abrazado a Sherlock en la estación meridional de Glasgow como el borracho se abraza al farol que le garantiza la verticalidad.

—Señor Holmes, si usted no remedia este estado de cosas, le juro a usted que…

Pero a Holmes no le gustaba perder el tiempo en palabras inútiles.

—¿Cómo ha muerto Folkestone? —indagó.

—¿Folkestone?

—Sí, Folkestone. No oculte vuestra excelencia cuanto afecte a William porque no ignoro nada de ese asunto. Sé que era un hombre honrado, que vuestra excelencia le protegía y sé la clase de bicho que fué siempre su hijo. Sé también que el hijo mató a Penha y a la Letourneur para robarles, y al administrador de vuestra excelencia porque le descubrió; y sé que el padre mató al hijo cuando éste se disponía robar la caja de vuestra excelencia. Ahora bien…, el primer asesinato incomprensible para mí es éste del propio Folkestone. ¿Cómo ha muerto?

—Apuñalado por la espalda, anoche, alrededor de las nueve, en el campo de tenis del castillo.

—¿Qué hacía allí a aquellas horas?

—Había ido un momento, a recoger un libro que olvidó por la tarde mi hija Leticia.

—¿Y por qué fué él y no un criado?

—Eso es lo que todos lamentamos ahora, señor Holmes.

—¿A quién pertenecía el puñal que lo mató?

—Era un cuchillo de postre de mis vajillas.

—¿Lo tiene vuestra excelencia?

—Lo tenía anoche. Pero esta mañana me lo robaron de mi propia alcoba, de una bandejita con un pudding que me entraron por la noche.

—¿Estuvo alguien en la alcoba antes de notar la falta?

—Sólo mi hijo John, de diez años.

—Pues apriete usted el acelerador, que ya tengo ansia de llegar a Hull Castle.

El coche dió una arrancada, dos maletas se me cayeron encima y ya no puede oír ni una sílaba más del diálogo.

El castillo de Hull, en las Trossachs

A las cinco de la tarde llegamos al lago Katrine, bordeado de montañas, alojado en lo hondo de un valle, en las fisuras de las rocas profundizadas por los glaciares, y en cierto modo muy semejante al lago de Lucerna.

El «Reynolds» lo bordeó, dirigiéndose hacia el Este, donde aparecieron súbitamente las Trossachs emergiendo de los brezos y las árgomas verdes de las márgenes del Katrine.

Minutos después nos hallábamos ante la mole azulada del castillo de Hull. Era tan marcadamente medieval que casi hacía daño a la vista. Lo componían dos cuerpos limitados por cuatro torres cuadradas, provistas de arcos romanos; troneras verticales tapadas con cristales emplomados, festoneaban la parte alta de la edificación. La yedra jugaba con los líquenes a los escalatorres. Delante del castillo alternaban los prados con los bosques de tejos; y a la izquierda se abría el campo de tenis donde había muerto Folkestone.

—¿Sabe alguien en el castillo que veníamos nosotros? —indagó de lord Carddigan, Sherlock Holmes.

—Nadie. Y en este momento, como todos se hallan reunidos en el gran salón tomando el té, puede usted, si lo desea, inspeccionar el castillo.

—Estoy impaciente por hacerlo. Luego me presentará vuestra excelencia a todo el mundo como médico: el doctor Holmes.

—Perfectamente.

Lord Carddigan saltó a tierra, le seguimos y por espacio de una hora visitamos el castillo desde las torres a las mazmorras.

Yo no vi más que polvo de tres generaciones, pero Holmes debió de ver algo más, puesto que a menudo dejó escapar los gruñidos que eran en él característicos cuando tropezaba con algo inusitado. De súbito, en el instante en que bajábamos del tercero al segundo piso, Sherlock se volvió a lord Carddigan para preguntarle con el ceño fruncido:

—¿Por qué me ha ocultado vuestra excelencia que la hija menor de vuestra excelencia era amante del hijo de Folkestone?

Tres asesinatos nuevos

Vi a lord Carddigan ponerse tan pálido como una cuartilla. Se aferró al barandado de la escalera para no caer y rugió sordamente:

—¿Qué dice usted? ¡La prueba! ¡La prueba!

Por toda respuesta, Sherlock mostró a Carddigan una docena de billetes de cien francos que había cogido de un *secretaire*, al inspeccionar el gabinete de miss Leticia Wooslesley, la segunda hija del lord, mientras murmuraba:

—Estos billetes pertenecieron a mademoiselle Letourneur, la primera víctima del hijo de Folkestone. Y los guardaba la hija menor de vuestra excelencia, sir Arthur; como también guardaba estas coronas suecas, que fueron propiedad del arquitecto Penha, el otro asesinado en el castillo…

Y mostró un puñado de billetes suecos hallados igualmente en el *secretaire* de Leticia, al tiempo que agregaba como en un reproche:

—¡Es mala cosa hacer heredera a la hija mayor y desheredar a la segunda, lord Carddigan!

—¿Eh? —barbotó el lord.

—Porque haciéndolo —siguió Sherlock—, cuando la hija menor se enamora de un hombre sin dinero, éste se siente empujado a robar y a matar para tener dinero con que poder huir con su elegida…

Lord Carddigan se cubrió el rostro con las dos manos y con la otra mano sacó un pañuelo para enjugar sus lágrimas.

Holmes concluyó:

—En cuanto a Folkestone, siento manifestar a vuestra excelencia que murió a manos de Leticia, la cual le obligó a ir al campo de tenis anoche, con el pretexto de haber olvidado un libro: porque, sin duda, temía que Folkestone descubriese a vuestra excelencia el secreto.

Lord Carddigan, al oír esto, se sentó en un peldaño de la escalera, incapaz de sostenerse en pie. Sherlock agregó:

—Si examinásemos el cuchillo de postre homicida que el pequeño John robó de la alcoba de vuestra excelencia esta mañana por súplica de su hermana, veríamos en él, sir Arthur, las huellas digitales de Leticia Wooslesley.

E iba a añadir algo, y quizá lord Carddigan iba a desmayarse de vergüenza y de dolor, cuando sonó un griterío en el piso bajo, en el salón donde a la sazón tomaban el té los invitados.

Holmes se saltó a la torera el barandado y cayó en el vestíbulo; yo le seguí. Al llegar abajo oímos distintamente tres tiros.

Corrimos hacia el salón, y al entrar, vimos tendida en la alfombra, muerta, a Leticia Wooslesley. A su lado se hallaba el cadáver de su hermano John, y más allá, en un diván, agonizaba elegantemente René, *el bello marsellés*, amante de la difunta Lucille.



IV

DE TAN OSCURO, EL PROBLEMA SE PONE YA INTRANSITABLE

Indagatoria entre los invitados

Sin embargo, el salón estaba lleno, indudablemente, al ocurrir las muertes de Leticia, de John y de René.

—¿Cómo puede usted explicar que estuviera vacío al entrar mi ayudante y yo? —fué la primera pregunta que Sherlock le dirigió al mayordomo Evans dos horas después de sucedidos los tres últimos crímenes.

—Porque al liarse a tiros el señor René, todos salimos pitando —replicó Evans, con su desenvoltura, tan típicamente irlandesa.

—¡Ah!, salieron ustedes pitando… —replicó Holmes al tiempo que extendía una mirada circular por la servidumbre y la totalidad de invitados de lord Carddigan, reunidos por el detective en la biblioteca.

Y aquellas treinta y ocho personas, incapaces de resistir el fulgor de su mirada, bajaron la cabeza.

—Entonces —siguió Holmes encarándose con Evans— ¿usted vió cómo se desarrollaba el suceso?

—Sí.

—Explíquemelo brevemente y sin rodeos. No olvide que *five o'clock tea…*[6].

—Sencillamente: el señor René sacó de pronto un revólver, apuntó a la señorita Leticia y disparó; luego apuntó al pequeño señorito John y volvió a disparar; por último, se apuntó a sí mismo y se arreó un tercer balazo.

—¿Se arreó?

—Así decimos en Dublín, señor.

—¿Dónde está el revólver?

—Aquí, señor.

Y Evans le tendió a. Sherlock un «colt» calibre 7,65, muy mono. Sherlock abrió el carro, del que faltaban tres cápsulas, y alzó nuevamente los ojos hacia

el mayordomo.

—¿Conocía usted algún detalle particular que explique la conducta del «bello marsellés»?

—Ninguno, señor.

—Alguien de la servidumbre ¿puede aportar algún detalle aclaratorio?

Las veinticinco personas de la servidumbre negaron a coro:

—No.

Holmes se volvió entonces a los invitados en busca de datos. Pero su pesquisa fué inútil. El doctor Brown y su hija Diana eran sordomudos, detalle que no he tenido tiempo de expresar hasta ahora, y el marido de Diana jamás hablaba mientras no lo hiciera antes su suegro. Mistress Penkhurst, la famosa conferenciante de temas bíblicos, tomó la palabra para referir, como sólo ella sabía hacerlo, el episodio de Jonás, devorado por la ballena, pero Sherlock la hizo callar de un silletazo cuando empezaba a describir el Mar Rojo. La madre del arquitecto Penha no podía pronunciar sílaba de la pena que tenía por la muerte de su hijo. El novelista McGregor se limitó a decir:

—Yo no soy orador, soy novelista…

Y su suegro alegó que él no era ni novelista siquiera. Lully, Polly, Dolly y Molly hablaron largamente, pero de modas; y el violinista rumano Chulesko se limitó a decir que tenía ganas de un Stradivarius. Esto fué todo.

En vista de lo cual, Holmes dió por terminada la indagatoria y ordenó secamente:

—Bueno, entonces váyanse a la cama, que son las ocho de la noche.

Y los invitados y la servidumbre desfilaron en silencio.

Las tremendas confesiones de Sherlock Holmes en la noche fatal

Al quedar solos, Sherlock me agarró por un brazo, me llevó al primer piso y, después de escuchar detrás de la puerta de las habitaciones del lord para convencerse de que sir Arthur y su hija Silvia estaban allí rezando y llorando por Leticia y por John, me condujo a la estancia que le había sido destinada en el tercer piso del castillo. Cerró por dentro, corrió los cerrojos y se dejó caer sobre su lecho, murmurando con una expresión que no correspondía a sus palabras:

—Harry… Nunca me he sentido más desorientado ni más aterrado…

—¿Aterrado, Holmes?

—Aterrado, Harry; como lo estaría usted si hubiera llegado, igual que yo, al convencimiento de que nada ha sucedido en el castillo, como yo he creído hasta ahora que había sucedido.

—¡Maestro! —susurré desconcertado.

Él torció la boca en una sonrisa amarga.

—¿Maestro?… —dijo con desdén—. ¿Maestro, y después de una larga vida dedicada a este oficio cada vez me veo más envuelto por las tinieblas?

Mi asombro, al verle en aquel estado, era tal, que apenas podía construir una frase. Sherlock siguió:

—¿Maestro, ahora que sé que alrededor de nosotros, en el castillo, opera una fuerza desconocida y me encuentro incapaz de descubrirla para luchar contra ella?

—Pero ¿qué dice usted?

—Lo que usted oye, Harry. Que una fuerza desconocida opera en el castillo y nos pone en peligro de muerte incluso a nosotros, y que esa fuerza desconocida es la que ha cometido todos los crímenes desde el arquitecto Penha al de René. Porque nada ha ocurrido, repito, como yo he creído hasta ahora que había ocurrido. Ni el hijo de Folkestone asesinó a nadie, ni murió asesinado por su padre, ni a éste lo mató Leticia, ni a Leticia y a John los mató esta tarde René, ni, en fin, René se ha suicidado…

—Pero, maestro… —protesté de nuevo.

—Todo habría ocurrido así, porque todos han tenido intención de asesinar. Todo habría ocurrido así, pero no ha ocurrido, porque el asesino desconocido se adelantó siempre a los acontecimientos y antes de que matasen los otros mató él; de igual modo, René no llegó a suicidarse: lo asesinó, cuando él mismo iba a hacerlo, esa fuerza desconocida.

—Pero ¿cómo ha llegado usted a semejante conclusión?

Holmes se retorció los dedos maquinalmente y contestó:

—Lo primero que me ha llevado a sospechar que algo extraño había en esta serie de muertes ha sido el hecho comprobado de que ni a Leticia ni a John ni a René les alcanzaron las balas disparadas.

—¿Qué no? Pues ¿no están muertos?

—Están muertos, pero no de bala; he observado atentamente los cadáveres y las paredes del salón y las balas del «colt» dieron en las paredes, se lo aseguro.

—¿Las tres?

—Las tres, Harry. Leticia, John y René han muerto de un modo que aún no he descubierto, a manos de esa fuerza desconocida. Todos los asesinados

en el castillo han perecido así; una brusca reflexión que me he hecho hace una hora me ha persuadido de ello, como le persuadirá a usted cuando yo se la traslade…

—¿Y qué reflexión es ésa? —inquirí temblando.

A lo que Holmes replicó esta frase extraordinaria:

—Que de ninguno de los cadáveres ha brotado sangre.

Elijo yo mismo las próximas víctimas

—Entonces —exclamé cuando la emoción me permitió hablar—, ¿cree usted ahora firmemente que los asesinatos continuarán?

—Estoy seguro de ello. Y creo más. Creo que las próximas víctimas somos usted y yo…

Se me puso el pelo tan de punta, que tuve que correr al tocador de Sherlock a peinarme con fijador. Holmes me siguió hasta allí, diciéndome:

—Por eso he cerrado la puerta. Pero ¡aun no nos tienen, Harry!

Estas palabras fueron pronunciadas tan enérgicamente, que me devolvieron en gran parte la tranquilidad.

—¿Tiene usted alguna idea?

—Sí. Pasaremos la noche fuera del castillo y haremos que se instalen en este cuarto dos de los invitados, que son los que morirán en nuestro lugar.

Y bajando la voz dos tonos me interrogó:

—¿Qué individuos de todos los que habitan en el castillo se le han hecho a usted más antipáticos?

Recapacité cuidadosamente y repuse:

—El novelista McGregor y Warren, el marido de Diana Brown.

—Pues ellos serán los primeros asesinados en el castillo de Hull, Harry —sentenció Holmes.

Dos muertos fuera de programa

Media hora más tarde, a las nueve y cuarto de la noche (siempre meridiano Greenwich), McGregor y Warren, llevados a las habitaciones de Holmes con el pretexto de un inminente eclipse de luna que desde allí arriba se veía a la perfección, aguardaban, sin sospechar, su próxima muerte.

Sherlock y yo bajamos al parque cautelosamente. La noche era todo lo serena que puede ser una noche en las Trossachs. La luna brillaba

tenuemente. Y el cielo ofrecía ese aspecto luminoso y oscuro, a cuadros, tan genuinamente escocés.

A nuestro alrededor todo dormía, como se dice siempre en estos casos.

Sherlock abría marcha, pegado a los muros húmedos del castillo, pisando los macizos de evónimos, de los que parecía brotar la edificación, y con un dedo en la boca para recomendarme silencio. Yo le seguía como la sombra al cuerpo cuando el cuerpo proyecta sombra. Así dimos una vuelta completa alrededor del castillo. Entonces Holmes se detuvo, me señaló una ventana del tercer piso que irradiaba la luz del interior y me susurró al oído:

—Aquella ventana es la de mi cuarto. Atención, Harry, que no tardaremos en oír dos gritos de angustia…

Apenas había acabado de hablar cuando dos gritos de angustia resonaron allá arriba, en la ventana iluminada. Yo me pegué, estremecido, al cuerpo de Sherlock.

—Ahora se apagará la luz y dos cuerpos caerán pesadamente a tierra —anunció éste con su frialdad habitual.

Y en el acto la luz de la ventana se apagó y el ruido de un cuerpo que caía pesadamente a tierra se oyó de un modo preciso.

—¡Uno! —contó Holmes.

Se oyó el ruido de otro cuerpo que caía.

—¡Y dos! —dije yo.

Pero entonces sonó un tercer ruido de otro cuerpo que se desplomaba.

—¿Tres? —exclamó con acento indescriptible.

Y un cuarto ruido de otro cuerpo cayendo al suelo retumbó en el tercer piso.

—¡¡Cuatro!! —rugí yo, tartamudeando.

—¡Corramos! —ordenó Sherlock Holmes.

No corrimos, volamos hacia el interior del castillo. Subimos las escaleras fulminantemente y, ya en el tercer piso, Sherlock sacó el ejemplar de «El paraíso perdido», de Milton, que llevaba siempre para defenderse, y, enarbolándolo, se precipitó en su habitación. Yo le seguí, pistola en mano.

A la claridad lunar distinguimos los cadáveres de tres hombres y una mujer.

McGregor, Warren y el doctor Brow eran los hombres…

La muerta era Silvia Wooslesley, la hija primogénita de lord Carddigan.

El misterio de la galería alta

Fuí a gritar, fuí a pedir auxilio; no sé qué iba a hacer realmente empujado por el desequilibrio nervioso que me dominaba. Pero Sherlock, que no perdía su sangre fría ni un momento, me cazó en la puerta, me sujetó con increíble fuerza por una muñeca y murmuró rudamente:

—¡Quieto! No salga a la galería… si no quiere usted morir también…

—¿Morir?

—¡Fíjese!

Se tumbó en el suelo, en el umbral; hizo que me tendiese a su lado, y al enfilar con las miradas la perspectiva de la galería ví avanzar una forma blanca. Un destello lunar me hizo reconocer los cabellos rojos de Diana Brown, que se dirigía hacia nosotros sin vernos. La voz de Sherlock sopló tenuemente en mi oído:

—Esa mujer, a quien apenas le quedan unos segundos de vida, va, quizá, a descubrirnos la clave de todo. No pierda detalle, Harry. Mistress Brown caerá muerta al llegar al tercer ventanal. Observe cómo muere y…

Pero ya no habló más. Vi claramente a Diana Brown detenerse al llegar al tercer ventanal, extender los brazos en cruz y caer exánime con un gemido prolongado. Pero la verdad es que no distinguí nada más, ni hubiera podido decir qué clase de agente extraño había provocado el hecho.

Balance de la noche fatal

No obstante, no acabó todo allí en aquella noche inolvidable. La luz del sol del nuevo día, que amaneció nubladísimo, alumbró otros seis asesinatos imposibles de explicar: los de cinco criados y el de Oldegarda Belfast, la madre del que había sido en vida arquitecto sueco, Penha.

Los cinco criados aparecieron muertos en montón. En cuanto a Oldegarda Belfast, se la descubrió dentro de un armario, junto a un par de guantes usados.

A las diez de la mañana, el resto de la servidumbre, a excepción de Evans, el mayordomo, huyó a campo traviesa y, según se supo después, no paró en su fuga hasta los alrededores del lago Tanganika (África Oriental inglesa). Y el caso no era para menos, pues en aquella fecha se había registrado en el castillo de Hull un total de diecinueve asesinatos, y sólo lo habitábamos ya lord Carddigan, que abrumado por la muerte de sus tres hijos, era como una sombra viviente que no veía, ni oía ni entendía; el mayordomo Evans, leal como un setter; miss Penkhurst, la conferenciante de temas bíblicos, que se empeñaba en que los asesinatos del castillo era una plaga procedente de

Palestina; las cuatro hermanas Hearts, que continuaban hablando de modas; el suegro de McGregor, senador vitalicio, y que confiaba en esto para no morirse nunca; Sherlock Holmes y yo, que estábamos decididos a la muerte si era imprescindible, y Chulesko, el violinista rumano, a quien, fuera de los Stradivarius y de alguna czarda de Monti, le daba todo igual.



V

SITUACIÓN ANGUSTIOSA

En observación

Pero la situación para Sherlock y para mí, que nos hallábamos en posesión del espantoso secreto del castillo de Hull, no podía ser más angustiosa.

¿En posesión del secreto?

Realmente, ni nosotros ni nadie estaba en posesión de ese secreto. Sabíamos, sí, que una fuerza desconocida actuaba a nuestro alrededor, pero ni lográbamos precisar qué fuerza era aquella, ni mucho menos cómo actuaba.

Sherlock, con los nervios en tensión y todas sus facultades mentales a veinte atmósferas, se hacía preguntas sobre preguntas. ¿Por qué Alicia había subido aquella noche, en unión del doctor Brown a la habitación de Holmes, donde se hallaban McGregor y Warren? ¿Por qué se había dirigido allí, asimismo, mistress Diana? ¿Y cómo habían muerto los cinco criados y Oldegarda Belfast?

Hasta entonces todo había tenido una justificación: la cadena de crímenes que concluía en la muerte de René, podría explicarse y cada asesinato era lógica consecuente de los anteriores. Sólo la extraordinaria sagacidad de un Sherlock Holmes hubiera podido descubrir un agente, ajeno a todo, que asesinaba por su cuenta, en medio de aquel cañamazo de muertes que se justificaban entre sí. Pero los crímenes posteriores a la muerte de René ya no tenían justificación posible, y entraban francamente en la órbita de lo misterioso. Con ello se confirmaba la existencia de «la fuerza desconocida», y nada más.

Holmes y yo permanecíamos las horas muertas escondidos en sendas armaduras que se alzaban en el gran vestíbulo.

—Hay que buscar un sitio desde donde observar sin ser observados —había dicho Sherlock—, porque nuestras vidas dependen no sabemos de quién, y en cualquier momento podemos caer para siempre.

—¿Y nada más podemos hacer? —repliqué yo.

—Nada más, Harry. Salvarse de la muerte ya es un triunfo estupendo en el castillo de Hull. No nos queda si no vivir, si podemos, y observar.

Y agregó tenuemente, como hablando consigo mismo, una frase que se vió obligado a repetir tres veces, en voz progresivamente alta, porque de armadura a armadura no se oía:

—Nunca me han faltado menos milímetros para el fracaso…

Otros dos aún

Aquel día murieron dos personas más: el violinista Chulesko y el suegro de McGregor.

Desde nuestras armaduras, a las tres de la tarde, oímos el doble horrible grito con que se despidieron de la vida ambos honrados ciudadanos Cómo murieron es cosa que no puedo decir, pues cuando intenté salir de la armadura para averiguarlo me lo impidió Sherlock Holmes. Supimos que se trataba de ellos porque sus últimas palabras fueron, respectivamente.

—¡Ya no soy senador vitalicio!

—¡Stradivarius!

Pero no supimos más. Saber más nos habría costado la vida.

Y resultaba caro.

Caigo yo también

La tarde pasó lenta y angustiosa.

Por la noche, a eso de las once, «cayeron», para no levantarse nunca, las hermanas Herts: Polly, Dolly, Molly y Lully, bajo el poder infernal de aquel asesino misterioso.

Una hora después de aquellas muertes oí que la armadura de al lado roncaba, de donde dedujo que Sherlock se había dormido.

Entonces, cautelosamente, salí de la mía, que había pertenecido a un tío de Ricardo Corazón de León.

Todo era silencio en el castillo, lo que no extrañará a nadie si se tiene en cuenta que en Hull sólo quedábamos cinco supervivientes.

Avancé a tientas por el gran vestíbulo, con ánimo de dirigirme a la puerta de Poniente, que daba directamente a las cocinas, pues mi hambre era ya irresistible, pero apenas pude llegar a tocar el picaporte. Me faltaba un paso para franquearlas cuando sentí un golpe en la nuca, seguido de un vivísimo

dolor; la oscuridad se llenó para mí de puntos rojos; luego percibí una claridad inexplicable, como un fogonazo, y después no sentí nada.

Sin duda, estaba muerto. O, por lo menos, yo creía estarlo, pues recuerdo que, al caer sin sentido, pronuncié unas palabras, que eran como el resumen de toda mi vida que concluía. Dije:

—Es un film Paramount.

Y el castillo de Hull, lord Carddigan y el mismo Sherlock Holmes, dejaron de existir para mí.



VI

SHERLOCK RESUELVE EL PROBLEMA DEL MODO MAS INESPERADO DEL MUNDO

En el hueco de la escalera

Sí. También yo había caído víctima de la fuerza desconocida que sospechara Sherlock Holmes. Pero, afortunadamente para mí y para mis lectores, no había muerto. Era el único ser vivo que resistía aquel terrible y funesto contacto.

Al abrir los ojos, no sé cuánto tiempo después, me hallé acostado sobre una colchoneta situada en el hueco de la escalera del gran vestíbulo. A mi lado un jarro con agua y un plato de fiambres. Apoyado en el jarro, un papel escrito de puño y letra de Sherlock, que decía:

> *«No se mueva ni salga de aquí para nada si quiere conservar las migajas de vida que le quedan. Vendré a verle tres veces diarias. El fin está próximo y espero triunfar, después de todo. ¡Animo! —S. H.».*

Por espacio de dos horas, inmóvil en mi colchoneta, reflexioné acerca del optimismo inesperado de Sherlock. ¿A qué podía obedecer? Y le admiré más que nunca. Le admiré por la serie de esfuerzos que debían haberle llevado a aquella situación animosa, y le admiré aún más por el valor que significaba andar, como él andaba, de un lado a otro por el siniestro castillo de Hull, en lucha abierta con el asesino misterioso, de cuya ferocidad implacable era testigo fehaciente mi nuca, ahora vendada y revendada por Sherlock Holmes.

El último esfuerzo de Sherlock

A eso de las siete de la tarde distinguí claramente un pavoroso ruido de hierros que se acercaba por instantes. Incapaz de defenderme, ni de intentarlo

siquiera, aguardé, conteniendo la respiración, el nuevo peligro.

Pero cuando ya el ruido sonaba a mi lado, comprobé que no se trataba de ningún peligro, si no de Sherlock Holmes, siempre encerrado en su armadura, que venía en mi busca.

Sé inclinó sobre mí, se llevó un dedo a la visera del casco y la levantó con un gesto sobrio y elegante, mientras murmuraba:

—¡Harry! ¿Vive usted aún?

—Aún —contesté para convencerle de ello.

—Me alegro, amigo mío.

El rostro le resplandecía de felicidad, y sus siguientes palabras me lo justificaron.

—Tengo los hilos del asunto, Harry. Ya falta poco para llegar a la solución final. *It’s long a way to Tipperary*[7]. Al mediodía ha muerto mistress Penkhurst, la conferenciante bíblica. Ha sido el asesinato que más feliz me ha hecho en mi larga existencia.

—¡Feliz! —susurré estupefacto.

—¡Claro! Herido usted y muerta mistress Penkhurst, ya no quedan más que dos personas en el castillo que puedan ser el «asesino misterioso»: lord Carddigan o el mayordomo Evans, y esta noche habré descorrido los velos del enigma.

—Pero…

Fuí a hablar, pero ví a Sherlock bajarse la visera de un golpe, dar un salto y desaparecer, y cerré la boca nuevamente. ¿Qué ocurría?

La última noche

Por el momento no lo supe.

Atardeció, llegó la noche: la noche más tremenda que recuerdo haber vivido nunca; una noche poblada de conjeturas, embadurnada de misterios y teñida de interrogantes.

Amaneció, como siempre, y fueron pasando las horas de la mañana, sin que llegara hasta mí la menor noticia de Sherlock.

A las once, mi angustia, mi temor y mi impaciencia habían llegado a su cénit.

Resolví salir de mi encierro.

¿Quién había muerto en aquella última noche? ¿Qué había sido de Sherlock? ¿Quién era, al fin, el desconocido autor de los asesinatos del

castillo de Hull? ¿Habría muerto lord Carddigan? En este caso, el asesino era Evans…

El asesino del castillo de Hull

Preguntándome esto y resbalándome en el parquet, llegué hasta las puertas del gran salón. Y allí, sentado en un sillón, con la barbilla hundida en el pecho, hallé a Sherlock Holmes. Mi miedo de que hubiera muerto era tal que, al verle, me invadió una alegría frenética.

—¡Maestro! —grité tendiendo hacia él las manos.

Él, al oírme, se levantó lentamente. En sus ojos titilaban dos lágrimas.

—Harry —musitó con voz profunda—. Ya no tiene usted nada que temer en el castillo de Hull. El enigma de las Trossachs ha dejado de ser enigma. Ya sé quién es el asesino feroz que tan en jaque nos ha tenido.

—¿Evans, verdad?

—No; no es Evans…

—¿Entonces?…

Y fuí a pronunciar el nombre del lord, pero el maestro me interrumpió con un gesto breve:

—Tampoco es lord Carddigan. Esta noche han muerto lord Carddigan y Evans casi al mismo tiempo, Harry…

—¿Eh? —borbotó angustiado.

—Harry… La muerte del lord y del mayordomo, únicos supervivientes, me demuestran que el asesino soy yo, y nadie más que yo. Hay que someterse a la fuerza de la lógica y de la deducción, por muy espantosos que éstos sean. Voy a entregarme a la Policía.

Avanzó unos pasos, descolgó un teléfono y murmuró:

—¿Hello? White Hall 1212, Scotland Yard, haga el favor.

Y cuando hubo obtenido la comunicación, ordenó fríamente:

—Envíen dos agentes a Hull Castle, en las Trossachs, en Escocia, para detener al asesino misterioso que preocupa a toda Inglaterra. Dense prisa. Aun pueden coger el tren de las doce y dieciocho. *Merry chrystmas*[8].

Después se volvió hacia mí, sonrió amargamente y, agregó:

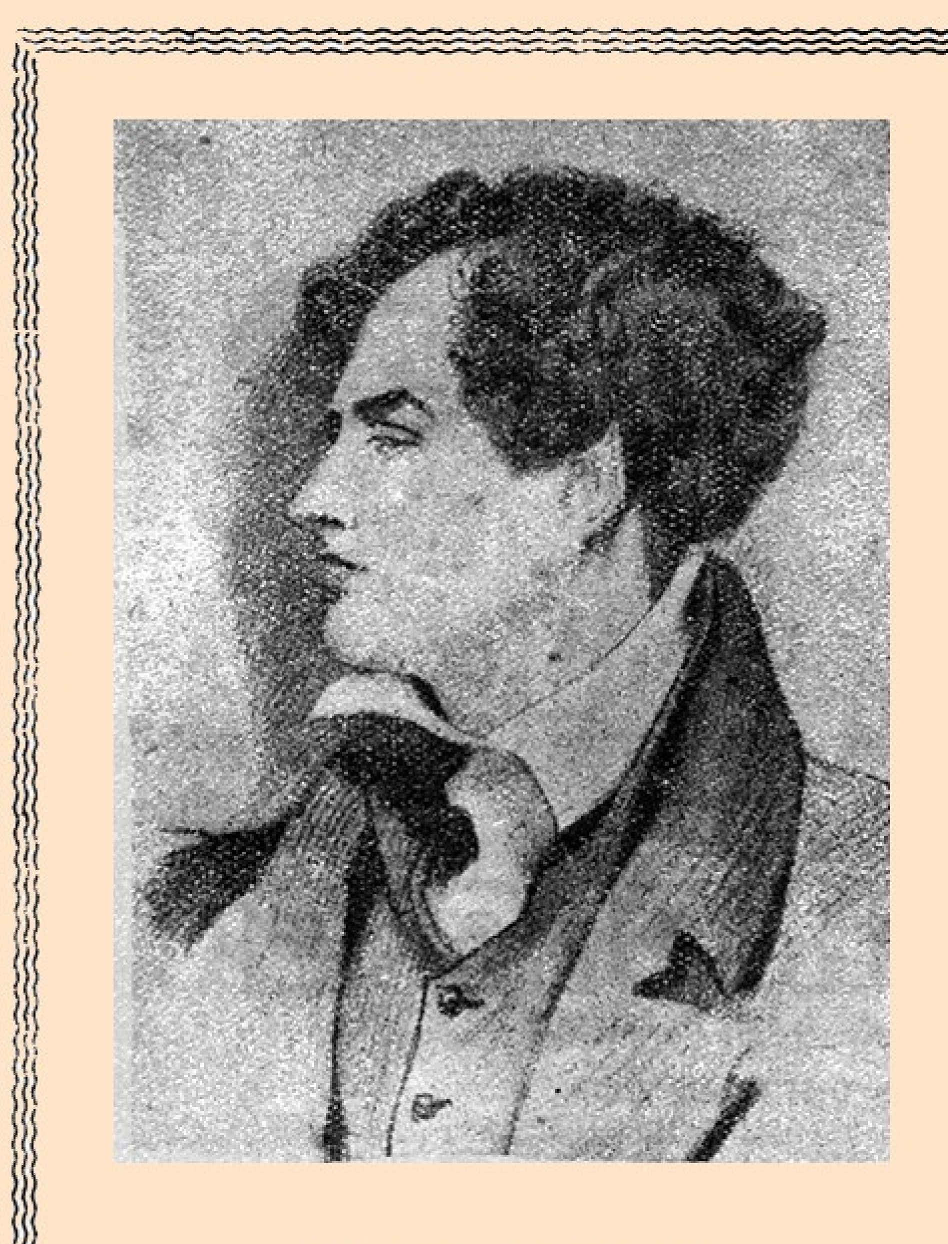
—Harry, hay que saber perder.

Lo que ocurrió después no lo ví, porque, incapaz de soportar el final del misterio de Hull, me desmayé en brazos del asesino, el cual me acogió amorosamente, por cierto.


FIN



Escuche los lunes, miércoles y viernes, a las once de la noche, por Radio Intercontinental y Radio Andorra, y a las tres y cuarto de la tarde, por Radio Zaragoza, nuestro consultorio CHLORODONT, especialmente dedicado a la mujer.



LORD BYRON

...hubiese sido un cliente de

GALERIAS PRECIADOS

PARA SUSCRIBIRSE A

"LA NOVELA DEL SABADO"

EN

Albacete.
Alcázar de San Juan.
Alcoy.
Algeciras.
Alicante.
Almería.
Almodóvar del Campo.
Badajoz.
Baeza.
Bailén.
Benavente.
Briviesca.
Benicarló.
Cáceres.
Cádiz.
Calahorra.
Campo de Criptana.
Caravaca.
Carballino.
Valdepeñas.
Valladolid.
Vélez-Málaga
Zamora.
Zaragoza.

o en cualesquiera de las plazas en que tiene sucursal el

BANCO ESPAÑOL DE CREDITO

podrá usted hacerlo ingresando su importe con destino a la cuenta de la "Novela del Sábado" en la Central del

BANCO ESPAÑOL DE CREDITO

EN MADRID



ENRIQUE JARDIEL PONCELA

(1901-1952)

Hijo de periodistas, siente enseguida aficiones literarias y publica cuentos y artículos en varios periódicos. En 1924, funda «Chiquilín». En 1927, estrena «Una noche de primavera sin sueño». En 1929, publica «Amor se escribe sin hache». Intervino en la producción española de Hollywood, realizando «Angelina o el honor de un brigadier» y de Joinville donde creó los «celuloides rancios». Es el principal renovador del teatro de humor contemporáneo y su influencia se hace sentir en todo el teatro actual.

PRECIO DE ESTE EJEMPLAR PTAS. 6



Enrique Jardiel Poncela (Madrid, 1901 - 1952). Dramaturgo y novelista español. Partió de una literatura de raíces vanguardistas, y fue el renovador de la comedia y la narración humorística. Se dio a conocer a través de colaboraciones en la revista *La correspondencia de España* y en diversos diarios. Su obra, de profunda inspiración vanguardista, supone una nueva orientación del teatro de humor, de la que también son representantes autores como Antonio de Lara «Tono», Edgar Neville y José López Rubio.

Antes de la Guerra Civil estrenó, entre otras piezas, *Usted tiene ojos de mujer fatal* (1933), *Angelina o el honor de un brigadier* (1934), *Un adulterio decente* (1935) y *Cuatro corazones con freno y marcha atrás* (1936), en las que a través de una comicidad desorbitada buscaba la sorpresa y el desconcierto del público.

En sus novelas de esta etapa empleó como recurso primordial la caricatura de personajes y ambientes, así como un lenguaje certero y brillante en el que se aprecia el magisterio de Ramón Gómez de la Serna. Así se comprueba en *Amor se escribe sin hache* (1929), *Espérame en Siberia, vida mía* (1930), *Pero… ¿hubo alguna vez once mil vírgenes?* (1931) y *La tournée de Dios* (1932).

Su propósito fue desterrar al olvido el anticuado humorismo costumbrista hispánico, y aprovechar las infinitas posibilidades de lo inverosímil y lo

fantástico. Por ello, no es de extrañar que sus estrenos desencadenasen grandes polémicas y que la crítica, en su mayor parte adversa, le reprochase sus apresurados desenlaces, en los que se veía obligado a hacer creíbles los brillantes y desquiciados planteamientos previos.

En la posguerra continuó escribiendo comedias con el mismo tratamiento paródico, cercano a la farsa, traspasado a veces por un amargo escepticismo, fruto de su temperamento pesimista. Entre los títulos de este período destacaron *Un marido de ida y vuelta* (1939), *Eloísa está debajo de un almendro* (1940), *Los ladrones somos gente honrada* (1941), *Los habitantes de la casa deshabitada* (1942) y *El sexo débil ha hecho gimnasia* (1946). Sus *Obras completas* vieron la luz en 1958, y en 1977 apareció la mayor parte de su *Obra inédita*.

Notas

[1] Lo cual, como se sabe, quiere decir «el tiempo es oro». <<

[2] «El tiempo es oro», ya, se ha dicho. <<

[3] Que quiere decir «el tiempo es oro», naturalmente. <<

[4] «El tiempo es oro», claro. <<

[5] «El tiempo es oro», según se advirtió ya. <<

[6] «El tiempo es oro», como ya se sabe. <<

[7] «El tiempo es oro», como se recordará probablemente. <<

[8] «El tiempo es oro», según queda dicho varias veces. <<